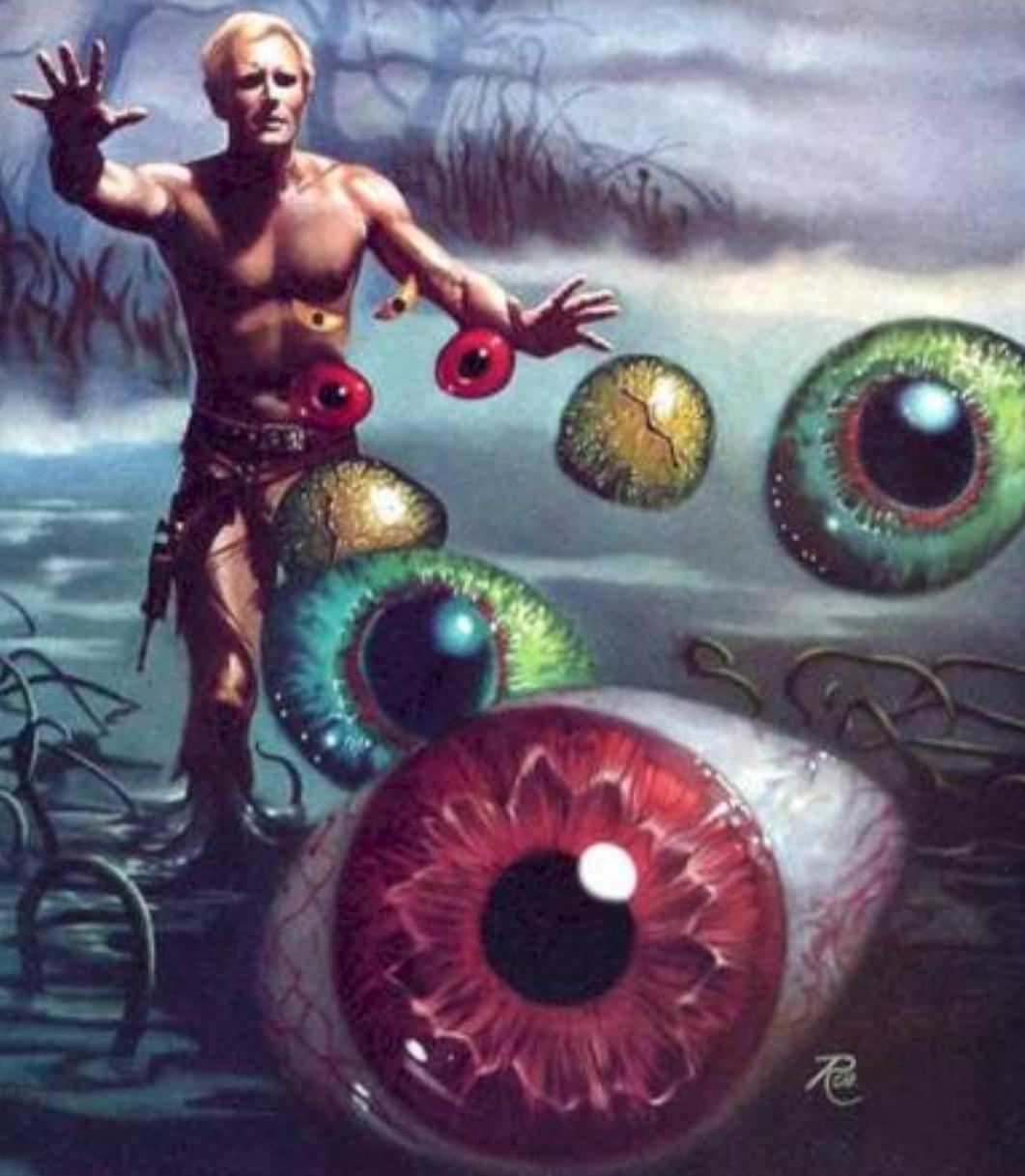


**BOB SHAW**

# **PERIPLLO NOCTURNO**



Sam Tallon poseía uno de los secretos más importantes del universo..., y por ello sus ojos fueron cegados y fue recluido en una de las prisiones más seguras del planeta Emm Luther, situada en un pantano oscuro y misterioso del que nadie había escapado jamás. Pero Sam Tallon tenía una misión que cumplir. Y así, ideó uno de los más audaces y peligrosos planes de fuga. Inventó un modo de ver —absurdo, agonizante—, pero aún así una manera de hacer posible su escape. Mediante un dispositivo que le permitía ver a través de ojos ajenos: los de un perro, un pájaro, una rata... incluso los ojos de sus propios perseguidores. La locura y la muerte eran sus compañeros inseparables así que desesperadamente luchó por su vida. Cualquiera otro hombre se habría dado por vencido, pero, Sam Tallon no tenía otra opción... porque él era el desafortunado poseedor del secreto más importante del universo —un secreto que tenía que ser llevado a la Tierra—... de alguna manera. Así que Sam inició el más terrible y angustioso periplo nocturno en pos de su objetivo.

## Capítulo I

UNA NOCHE DE INVIERNO, cruda y helada, había caído sobre New Wittenburg, ejerciendo dura presión sobre las inhóspitas calles, depositando irregulares capas de escarcha sobre el desierto hormigón de la terminal del espacio.

Tallon se apoyó contra la ventana de su cuarto, mirando al exterior. Las largas horas de la noche yacían ante él, y se preguntó cómo iba a superarlas. Ni siquiera la posibilidad de pasar a través de los ochenta mil portales que conducían a la Tierra podía aliviar su depresión. Había dormitado encima de las revueltas ropas de la cama por espacio de varias horas, y durante aquel tiempo el mundo parecía haber muerto. Daba la impresión de que el hotel estaba vacío.

Encendió un cigarrillo y exhaló un suave río de humo que discurrió llanamente a lo largo del cristal de la ventana. Unas pequeñas áreas circulares de condensación se formaron en el interior del cristal, centradas en gotitas que se pegaban al exterior *¿Vendrían por él?* La pregunta era un sordo dolor que le había mordido desde que se estableció el contacto, una semana antes.

Normalmente, las probabilidades de éxito habrían sido elevadas, pero esta vez sucedieron cosas que a Tallon no le gustaron. Chupó con fuerza el cigarrillo, haciendo que crujiera débilmente. Había sido mala suerte que McNulty sufriera un ataque cardíaco precisamente entonces; pero había sido también un error por parte de alguien en el Bloque. *¿Qué diablos estaban haciendo, situando a un hombre en el campo sin haberse asegurado plenamente de que no podría enfermar?* McNulty se había asustado después de sufrir el ataque y había realizado una transferencia tan poco ortodoxa que seguía asombrando a Tallon cada vez

que pensaba en ella. Aplastó el cigarrillo bajo la suela de su zapato y juró que alguien pagaría por el error cuando regresara al Bloque. Si lograba regresar al Bloque.

Con un esfuerzo consciente se negó a sí mismo otro cigarrillo. La habitación parecía haberse encogido durante la semana que había permanecido allí. En Emm Luther, los hoteles estaban en el lugar más bajo de la escala en lo que a comodidades respecta. Su habitación no era cara, pero sólo contenía una cama con una sucia cabecera y unos cuantos muebles desvencijados. Una telaraña oscilaba desamparadamente del tubo del aire caliente. Las paredes estaban pintadas de color verde burócrata: el color de la desesperación.

Sorbiendo aire a través de sus dientes en un siseo de disgusto, Tallon regresó a la ventana y apoyó su frente contra el helado cristal. Miró al exterior a través de las palpitantes luces de la ciudad extraña, notando el sutil efecto de la mayor gravedad en la arquitectura de las torres y capiteles: un recordatorio de que estaba lejos del hogar.

Entre aquí y la Tierra había ochenta mil portales, representando incontables millones de años-luz; cortinas de sistemas estelares, capa sobre capa de ellos, hacían imposible localizar siquiera el racimo suelto del cual formaba parte el Sol. Lejos, demasiado lejos. Las lealtades quedaban demasiado adelgazadas sobre aquellas distancias. La Tierra, la necesidad de nuevos portales, el Bloque: a aquella distancia, ¿qué significaba todo ello?

De pronto, Tallon se dio cuenta de que tenía hambre. Pulsó un interruptor, se encendió la luz, y Tallon se contempló en el único espejo de la habitación. Sus lisos cabellos negros estaban ligeramente revueltos. El rostro alargado, más bien serio —que podría haber sido el de un calculista o de un intérprete de jazz con una inclinación hacia la teoría—, estaba sombreado por una barba incipiente, pero decidió que era improbable que llamara la atención. Momentánea e infantilmente complacido ante la idea de comer, se

pasó un peine por los cabellos, apagó la luz y abrió la puerta.

Estaba a punto de salir al pasillo cuando llegó hasta él la primera premonición de peligro. En el hotel reinaba un silencio absoluto. Y ahora que pensaba en ello, ningún vehículo había pasado por la calle habitualmente transitada debajo de su ventana en todo el tiempo que llevaba aquí.

Presa de pánico, frotándose el labio superior con el dorso de la mano, Tallon volvió a entrar en su cuarto y abrió ligeramente la ventana. El desigual murmullo del tráfico de la ciudad penetró en la habitación con el aire frío; sin embargo, nada se movía en la calle inmediatamente debajo. ¿Por qué se habrían tomado todas aquellas molestias? Tallon frunció el ceño, pensando, y luego se dio cuenta de que se estaba engañando a sí mismo simulando una duda. Para apoderarse de lo que tenía en su mente, precintarían la ciudad, el continente, todo el planeta de Emm Luther.

Me está ocurriendo a mí, pensó, pero una oleada de irritación sumergió su miedo. ¿Por qué todo el mundo tenía que atenerse tan estrictamente a las normas? ¿Por qué, si alguien del bando de uno cometía un error, alguien del bando contrario le hacía pagar siempre a uno las consecuencias? ¿No iban a hacer una excepción, ni siquiera para Sam Tallon, el centro del universo?

Moviéndose con una rapidez súbitamente febril, cerró la puerta y sacó su maleta del armario. Había algo que tenía que haber hecho antes, y su frente se frunció al pensar en el riesgo que había corrido al demorarse tanto. Sacó de la maleta su anticuado transistor, extrajo la batería, y se acercó al espejo. Ladeando ligeramente la cabeza, Tallon separó los cabellos de su sien izquierda y manipuló a través de ellos hasta que hubo aislado dos plateados alambres. Levantó la batería hasta su frente y, tras una leve vacilación, conectó los brillantes alambres a sus terminales.

Con los ojos opacos de dolor, meciéndose ligeramente sobre sus pies, Tallon recitó lenta y claramente la informa-

ción Tardó sólo unos segundos en enumerar los cuatro grupos de dígitos. Cuando hubo terminado giró la batería y, con una vacilación más prolongada, estableció de nuevo la conexión. Esta vez el dolor fue realmente intenso cuando la cápsula del tamaño de un guisante implantada en su cerebro se cerró de golpe, aprisionando un fragmento de tejido vivo.

Volvió a colocar la batería en la radio, encontró de nuevo los pelos metálicos y los arrancó de su cuero cabelludo. Tallon sonrió, satisfecho. Había resultado más fácil de lo que imaginaba. Los luteranos solían evitar el matar a la gente, en parte porque ésa era la doctrina oficial del gobierno planetario, pero principalmente porque su conocimiento de las técnicas hipnóticas había progresado lo suficiente como para hacerlo innecesario. Si le capturaban, lo primero que harían sería someterle a un lavado de cerebro para borrar todo lo que había averiguado. Pero ahora resultaría inútil. Incluso suponiendo que le mataran, el Bloque encontraría a un pariente apesadumbrado para solicitar la devolución de su cadáver a la Tierra, y la diminuta cápsula implantada en su cerebro seguiría estando viva en su capullo maravillosamente diseñado. El Bloque podría extraer lo que necesitaba saber.

Tallon se preguntó si, a pesar de todas las seguridades, un diminuto y asustado fantasma de su propia personalidad permanecería en aquella pequeña celda oscura... vivo y gritando cuando los electrodos empezaran a tantear a ciegas. Me estoy dejando ganar por el pesimismo, pensó. Debía ser una enfermedad profesional. ¿Quién dice que voy a morir?

Sacó la superplana y ultrarrápida automática de su bolsillo y la sopesó en su mano. El Bloque esperaba que la utilizara, a pesar de que la Tierra y Emm Luther no estaban oficialmente en guerra. Cuando habían implantado la capsula en su cerebro, en el acuerdo había figurado una cláusula tácita, de la que nadie había hablado. Con la información a

buen recaudo, conservada con independencia de su propia vida, el Bloque prefería que Tallon muriese y fuese devuelto a la Tierra a que le encerrasen en una prisión a prueba de fugas. Nadie había aludido a aquella cláusula: Tallon hubiera renunciado en el acto si lo hubieran hecho; pero esto no cambiaba las cosas. Y la mejor manera de hacerse matar sería empezar a disparar contra los miembros de la P.S.E.L. Tallon descargó la automática, la tiró a un cajón y dejó caer el cargador en el cubo de la basura.

Los grupos de dígitos que había memorizado eran las coordenadas del nuevo portal, más el salto de impulsión y el salto adicional involucrados, teniendo en cuenta las diferencias gravitatorias entre Emm Luther y la Tierra. Representaban nada menos que un flamante planeta tipo Tierra. Él, Sam Tallon, era el poseedor del secreto individual quizá más importante del universo. Pero no iba a morir por él... por nada ni por nadie. Lo único que le debía al Bloque era una tentativa razonable para escapar. Encendió otro cigarrillo y se sentó en el borde de la cama.

En alguna parte de la ciudad de New Wittenburg había un especialista del cual Tallon desconocía el nombre y la dirección. El especialista establecería contacto con él cuando pudiera hacerlo con seguridad. Su trabajo consistía en administrar la carga de drogas, el tratamiento, que por medios a la vez físicos y psicosomáticos modificaría el aspecto de Tallon lo suficiente como para permitirle pasar a través de los puestos de control de la terminal del espacio. Cambiarían su piel, sus cabellos, la pigmentación de sus ojos; cambiarían sus huellas dactilares; cambiarían incluso sus medidas Bertillon, por medio de unas drogas que producían tensiones y contracciones en la musculatura y en los tejidos conjuntivos del cuerpo.

Tallon no se había sometido nunca al tratamiento y la perspectiva distaba mucho de entusiasmarle, pero sería preferible a perderse de vista en una prisión lutherana. Si

pudiera salir del hotel y permanecer en libertad, el especialista le encontraría. El problema estribaba en cómo salir.

Chupó profundamente su cigarrillo, casi permitiendo que el humo escapara de su boca, y luego lo absorbió hasta sus pulmones. El exceso le mareó ligeramente. Se tumbó en la cama boca abajo, apoyándose sobre sus codos, y trató de calibrar objetivamente sus probabilidades.

Con todo su equipo hubieran existido seis posibles vías de escape de aquella habitación —la puerta y la ventana, las otras dos paredes, el suelo y el techo—, pero, gracias a McNulty, se había visto obligado a viajar con las manos prácticamente vacías. Sin embargo, la P.S.E.L. ignoraba eso, y por ello se habían tomado la molestia de rodearle. Tallon sospechaba que en aquel momento estaban cubriendo la calle, el pasillo y las habitaciones de encima y de ambos lados de la suya.

Aparte de la inútil automática, no tenía más que un par de zapatos de tracción en un estado sumamente dudoso. Suponiendo que los otros estuvieran realmente allí y no fuera todo producto de sus nervios, la situación era casi desesperada. La única salida que le quedaba era, como se había propuesto inicialmente, andar con toda la tranquilidad posible hacia el restaurante. Una ventana al final del pasillo daba a una calle distinta. Si lograba alcanzarla, podía haber una leve posibilidad...

Pero esta vez la puerta que daba al pasillo se negó a abrirse.

Tallon hizo girar el pomo violentamente y tiró con todas sus fuerzas; luego recordó que el Bloque le había advertido que debía reposar unas cuantas horas después de haber cerrado la cápsula en su cerebro, o al menos no abusar del ejercicio físico. Retrocedió, pues, alejándose de la puerta, casi esperando que se abriera de golpe de un momento a otro. Estaba atrapado. La única cuestión que seguía en el aire era cuál de las tres redes ejecutivas de la P.S.E.L. estaba a cargo de la operación. La proscripción de las «liquida-

ciones» directas, impuesta por la rígida semiteocracia que prevalecía en Emm Luther, les había conducido a desarrollar métodos idiosincráticos de manejar a los prisioneros políticamente peligrosos. El cardex en la memoria de Tallon parpadeó espontáneamente, revelando los nombres y un resumen de lo que era probable que le ocurriera «accidentalmente mientras se resistía a ser detenido».

Estaba Kreuger, aficionado a inmovilizar a sus cautivos cortándoles los tendones de Aquiles; estaba Cherkassky, que les atiborraba de drogas psiconeurales hasta el punto de que uno nunca volvía a gozar de una noche de sueño apacible; y finalmente estaba Zepperitz. Zepperitz y sus métodos hacían que los otros dos parecieran casi bondadosos.

Súbitamente abrumado por su propia estupidez al haberse dejado arrastrar a aquel juego de espionaje, Tallon arrastró una silla hasta el centro de la habitación y se sentó en ella. Entrecruzó sus manos detrás de su espalda —un bulto pasivo— y esperó. La destrucción de Tallon como ser político, iniciada la primera vez que no había logrado encontrar una constelación identificable en el cielo nocturno de Emm Luther, era ahora completa.

Se sintió frío, aprensivo e imposiblemente enfermo.

## Capítulo II

**H**AY OCHENTA MIL portales, en números redondos, entre Emm Luther y la Tierra. Para regresar a casa hay que pasar a través de todos ellos, prescindiendo del miedo cada vez más intenso, prescindiendo de la impresión de sentir cómo el cuerpo deja atrás el alma durante los tránsitos-parpadeo a través de las remotas extensiones del Bloque.

La nave alcanza el primer portal cruzando diagonalmente la corriente galáctica durante casi cinco días. El portal está en la actualidad relativamente cerca de Emm Luther, pero se están separando el uno del otro a un ritmo de unos seis kilómetros por segundo. Esto se debe a que el planeta y su sol paterno están nadando con la marea galáctica, en tanto que el portal es una esfera imaginaria anclada a un punto de la inamovible topografía del no-espacio.

Si la nave lleva un buen equipo de astrogación, puede penetrar en el portal a toda marcha; pero si las computadoras que la controlan tienen alguna duda acerca de su emplazamiento exacto, pueden pasar días enteros reduciendo velocidad y maniobrando para situarse en posición. Ellas saben —y uno, sudando en su celda G, también lo sabe— que si la nave no se encuentra a salvo dentro del portal cuando tiene lugar el salto, sus pasajeros no volverán a respirar el aire suave y compacto de la Tierra. La geometría heterodoxa del no-espacio se encargará de eso.

Mientras uno espera, con la garganta seca y la frente helada, reza porque un desdichado azar no le proyecte a incontables años-luz de distancia del hogar. Pero esto forma parte de la emoción humana en una tarea.

El no-espacio es incomprensible, pero no irracional. Suponiendo que todos los órganos de cristal y de metal en las entrañas de la nave funcionen correctamente, podrían reali-

zarse un millón de saltos desde A hasta B a través del no-espacio sin el menor tropiezo. Las dificultades surgen debido a que el no-espacio no es recíproco. Habiendo alcanzado B, el mismo salto en dirección contraria no nos devolverá a A; de hecho, nos llevará a cualquier punto fortuito del universo excepto a A. Una vez que ha ocurrido eso, lo único que se puede hacer es seguir dando saltos y más saltos al azar. Con la suficiente perseverancia y muchísima suerte, es posible situarse al alcance de un mundo habitable, aunque las probabilidades en contra son muy elevadas.

En el primer siglo de exploración interestelar, tan sólo la Tierra envió alrededor de cuarenta millones de exploradores-robot, de los cuales únicamente doscientos lograron regresar. De aquellos doscientos, exactamente ocho habían encontrado sistemas planetarios utilizables. Ni una sola del puñado de naves tripuladas por hombres que saltaron accidentalmente fuera de un sistema volvió a ser vista... al menos en la Tierra. Es posible que algunas de ellas sigan marchando, transportando a los descendientes de sus tripulaciones originales, Holandeses Errantes cósmicos entrevistados únicamente por remotas estrellas mientras su destino de tránsitos-parpadeo les lleva gradualmente más allá del alcance del pensamiento humano.

Los ocho exploradores afortunados de aquel primer siglo establecieron unas rutas zigzagueantes, que las naves tripuladas por hombres que aparecieron más tarde procuraron seguir cuidadosamente. Ése es el otro aspecto del viaje por el no-espacio que le preocupa a uno mientras espera que actúen los relés. Aunque era una deducción lógica de la ausencia de reciprocidad en el no-espacio, unos cuantos pioneros descubrieron a su costa que saltar desde un punto cercano a A no nos llevará a un punto correspondiente cercano a B. Apartarse dos segundos-luz del punto establecido para el salto, en el llamado portal, equivale a iniciar un peregrinaje al azar hacia el lado más remoto de la eternidad.

Por eso, durante los lentos segundos finales en los que uno flota en su celda-G y respira el aire con olor a caucho, reza y suda.

Por eso también, el planeta Emm Luther, anteriormente una colonia de la Tierra y ahora autónomo, conservaba celosamente cuatro grupos de números encerrados en el cerebro de Sam Tallon. Emm Luther tenía un solo continente, y su acuciante necesidad de nuevo espacio vital igualaba al de la propia Tierra. Y en un increíble golpe de suerte, un explorador había descubierto un planeta verde a sólo cuatrocientos portales de distancia a la ida y a menos de dos mil a la vuelta.

Lo único que se necesitaba ahora era tiempo para afinarse allí sólidamente antes de que las grandes naves —la invencible esperma de la incesante auto multiplicación de la Tierra— pudieran penetrar en el nuevo y feraz útero.

### Capítulo III

**T**ALLON NO TUVO que esperar mucho.

Su primera noción de que estaba bajo los efectos de un ataque llegó cuando se encontró bailando con Myra, una muchacha que había muerto en la Tierra hacía veinte años.

—*No, susurró, no quiero esto.* Pero ella estaba en sus brazos, y giraban lentamente en la penumbra multicolor del *Stardust Room*. Tallon trató de sentir la dura presión de la silla en la desaseada habitación del hotel en Emm Luther, pero el esfuerzo resultó inútil, ya que aquello formaba parte de un futuro todavía muy lejano.

Súbitamente era mucho más joven, trabajando aún para graduarse en electrónica, y tenía a Myra entre sus brazos. Todo era *real*. Sus ojos se llenaban de embeleso con el espectáculo de la cascada de cabellos dorados de Myra, de sus ojos color whisky. Se movían lenta y dichosamente al ritmo de la música, con Myra, como siempre, perdiendo un poco el compás. Como pareja de baile era una calamidad, pensó Tallon cariñosamente, pero tendría mucho tiempo para solucionar aquello cuando estuvieran casados. Entretanto, le bastaba con deslizarse con ella a través de brumas de color pastel y parpadeos de estrellas.

El salón de baile se alejó ostensiblemente. Otro momento, otro lugar. Estaba sentado en el cómodo y antiguo bar de Berkeley, esperando a Myra. Oasis de luz anaranjada reflejándose sobre paredes artesonadas con maderas oscuras. Myra se estaba retrasando demasiado, y él sentía aumentar su irritación. Myra sabía dónde la esperaba, de modo que si por cualquier motivo no podía acudir a la cita podía telefonarle al menos. Probablemente empezaba a sentirse demasiado segura de los sentimientos de Tallon, esperando que él fuera a su casa a enterarse de lo que había

motivado su ausencia. Bueno, le daría una lección. Empezó a beber decididamente, vengativamente... y el horror iba en aumento, extendiéndose como una mancha oscura a pesar de sus frenéticos esfuerzos por impedirlo.

La mañana siguiente. La soñolienta quietud del laboratorio de normas. El periódico extendido sobre el banco de pruebas chamuscado por cigarrillos e, increíblemente, el rostro de Myra mirándole desde las hojas de plástico. Su padre, un gigante triste y gruñón que había sido abandonado años antes por la madre de Myra, había asfixiado a Myra con una almohada y luego se había cortado las venas de las muñecas con una sierra circular portátil.

Colores disolviéndose, las penetrantes mareas de dolor, otra vez la música, y estaban bailando; pero en esta ocasión Myra se mostraba más torpe que nunca a pesar de la lentitud de los ritmos. Estaba flácida y pesada. Tallon luchaba por sostenerla, y el aliento de Myra sollozaba y gorgoteaba en su oído...

Tallon gritó y engarfió sus dedos en los grasientos brazos del sillón.

—Ya vuelve en sí —dijo una voz—. Un tipo romántico, ¿verdad? Nunca puede saberse si te limitas a mirarles.

Alguien rio silenciosamente.

Tallon abrió los ojos. La habitación estaba llena de hombres con los uniformes grises de la fuerza de seguridad civil P.S.E.L. Portaban pequeñas armas, la mayoría de ellas con las embocaduras en forma de abanico de las pistolas-avispa, pero Tallon vio varias bocas circulares pertenecientes a un tipo de arma más tradicional. Los rostros de aquellos hombres reflejaban diversión y desdén, y algunos de ellos aparecían marcados aún con leves líneas sonrosadas dejadas por las máscaras que les protegían del gas psiconeural. Su estómago eructaba ruidosamente con cada movimiento respiratorio, pero Tallon encontró la náusea física insignificante comparada con el torbellino emocional que todavía sacudía sus sentidos. El shock físico estaba mezclado con

una insoportable sensación de ultraje, de haber sido invadido, abierto en canal y clavado a la mesa de disección como un ejemplar de laboratorio. *Myra, amor mío... lo siento. Oh, bastardos, sonrientes y asquerosos...*

Se tensó por un instante, dispuesto a saltar hacia adelante, y luego se dio cuenta de que estaba reaccionando tal como se esperaba que lo hiciera. Por eso habían utilizado un derivado del LSD en vez de un simple gas anestésico. Tallon se obligó a sí mismo a relajarse; podía encajar todo lo que Kreuger, Cherkassky o Zepperitz pudieran darle, y lo demostraría. Viviría, en un razonable estado de salud, aunque sólo fuera para leer todos los libros de la biblioteca de alguna prisión.

—Muy bien, Tallon —dijo una voz—. El autocontrol es muy importante en su profesión.

El que había hablado se situó en el campo visual de Tallon. Era un hombre enjuto, de rostro chupado, que llevaba la chaqueta negra y la golilla blanca de un funcionario del gobierno de Emm Luther. Tallon reconoció el afilado rostro, el cuello verticalmente arrugado y la incongruente ondulada cabellera de Lorin Cherkassky, número dos en la jerarquía de los servicios de seguridad.

Tallon asintió impasiblemente.

—Buenas tardes. Me preguntaba...

—Hágale callar —interrumpió un rubio de hombros muy anchos que llevaba los galones de sargento.

—No se preocupe, sargento —dijo Cherkassky, haciendo señal al joven para que se apartara—. No debemos desalentar al señor Tallon si desea mostrarse comunicativo. Durante los próximos días tendrá que contarnos un montón de cosas.

—Me alegrará contarles todo lo que sé, desde luego —dijo Tallon rápidamente—. ¿De qué serviría tratar de ocultarlo?

—¡Exactamente! —La voz de Cherkassky fue un excitado aullido, que le recordó a Tallon la notoria inestabilidad